

CAPÍTULO XX

1850

Se desiste definitivamente de la mediación inglesa.—Ambiciosos proyectos de Venancio Pec.—Llega á la Península el comandante general D. Manuel Micheltorena, nombrado por el gobierno federal.—Hace una visita á los cantones, y se propone activar la guerra.—Noticias de Bacalar.—Cuadro general de la campaña de 1850.—Operaciones importantes que se practican en el Oriente, en el Sur y en los Chenes.—Ventajas que en todos estos movimientos alcanzan nuestras tropas.—Notable expedición del teniente coronel O'Horán á Bacalar.—Último avance de los cantones.—Los indios sorprenden á Tekax y algunas otras poblaciones de importancia.

Si las Comisiones eclesiásticas fueron impotentes para alcanzar el anhelado fin de la guerra, igual éxito obtuvo por la misma época la mediación inglesa. Habiendo manifestado categóricamente el gobernador Barbachano al superintendente de Belice que no se hallaba en disposición de ceder un palmo de territorio á los sublevados para que se gobernasen con entera independencia del gobierno del Estado y del federal, el funcionario británico se vió obligado á desistir de sus *buenos oficios*, aunque las relaciones hechas por algunos prisioneros que caían en poder de nuestras tropas hacen sospechar con vehemencia que no cortó por completo sus relaciones con los indios. No nos sería fácil averiguar ahora de qué género fueron estas relaciones, aunque como por aquellos tiempos se agitaba la creación del reino de los Mosquitos, bajo la protección del gobierno de la Gran Bretaña, es de creer que se trataba de una

—(285)—

cosa semejante respecto del terreno que ocupaban los sublevados de Yucatán. Súpose, en efecto, que se formaban padrones en los pueblos y ranchos de los indios; que un D. Jorge y un Mr. Lanzot andaban entre ellos de agitadores, y que, por último, esperaban comisionados de aquella nación poderosa, que debían venir á practicar una división territorial. Venancio Pec no perdió nunca la esperanza de que la Inglaterra le proporcionaría al fin el triunfo de la causa que defendía, y aun formó el proyecto de hacer un viaje á Londres para hablar con la reina Victoria. Reunió para este objeto los recursos necesarios; pero una entrada que hizo al campo enemigo el coronel D. Pablo A. González en el mes de enero, le despojó de todas sus economías. Merece una mención especial esta expedición, por los importantes resultados que obtuvo.

El coronel González salió de Chikinonot el 2 de enero á la cabeza de 180 infantes y 60 caballos, precisamente con el objeto de perseguir al mencionado Pec, que ya se dirigía á la bahía de la Ascensión para poner acaso en obra su proyecto. La fuerza expedicionaria hizo un gran número de prisioneros en los ranchos que recorrió; batió y derrotó á los cabecillas Paulino Pech y Calixto Yam, que intentaron oponerse á su marcha, y alcanzó, por último, á las fuerzas de Venancio Pec, con las cuales trabó desde luego un reñido combate. Pero el caudillo indio logró escapar, dejando en el campo su caballo, su equipaje y sus papeles; y aunque González le persiguió hasta las inmediaciones de la Ascensión, al fin se vió obligado á regresar, por el mal estado en que la lluvia había dejado los caminos. En un rancho denominado San Antonio había fijado éste un cedulón invitando á los indios á aceptar el indulto con que les brindaba el gobierno, y no dejó de obtener un resultado satisfactorio, porque en la noche del 9 se le presentó Atanasio Espadas, uno de los caudillos más terribles que hasta entonces había tenido la insurrección. González con-

ferenció largamente con él, y habiéndole hecho algunas revelaciones importantes, le hizo volver al campo enemigo, conviniendo ambos en que volverían á verse en el rancho Zucnaranja. Espadas cumplió su palabra, y habiéndose dejado sitiado en el lugar convenido en unión de otros sublevados, las fuerzas de González se hicieron de un cuantioso botín, entre el cual se hallaba la suma de dos mil quinientos pesos, destinada por Venancio Pec á hacer una visita á la reina de Inglaterra (1).

Pocos días después de haber regresado esta importante expedición del campo enemigo, un suceso notable tenía lugar en la capital del Estado. El general D. Manuel Micheltoarena, natural de Oaxaca, nombrado por el presidente de la república para desempeñar la Comandancia general del Estado, llegó á Mérida el 11 de febrero de 1850, entre el numeroso séquito de personas que salieron á recibirle. El sucesor del general Llergo venía precedido de la fama de haber batido con éxito á los salvajes en la frontera del Norte, y los mismos comisionados de Yucatán habían influido poderosamente en su nombramiento (2). Grandes esperanzas se concibieron de que daría el último golpe á los sublevados de la Península, no solamente por este motivo, sino también porque se creyó que el gobierno de México enviaría fuerzas á su agente para que pudiese obtener el éxito necesario en la misión que le había conferido. Desgraciadamente, hasta aquellos momentos solamente habían venido unos trescientos hombres del ejército federal, á las órdenes del general Noriega.

Una de las primeras resoluciones que adoptó el general Micheltoarena, luego que tomó posesión de su encargo, fué el de visitar el teatro de la guerra, con el objeto de inspeccionar por sí mismo el estado de nuestras fuerzas, sus

(1) *Boletín oficial*, número 150.

(2) El mismo *Boletín*, números 168 y 170.

medios, sus necesidades y sus tendencias. Era hombre de edad algo avanzada; pero dotado aún de valor y de presencia de ánimo, no temió aventurarse por los mismos caminos y senderos que todavía frecuentaban los bárbaros. Trasladóse, en primer lugar, á Valladolid; pasó de allí á Tihosuco, por el desierto que separa ambas poblaciones, y el 26 de marzo estaba ya de vuelta en la capital. Aprobó en lo general el sistema que hasta allí se había seguido de perseguir incesantemente á los sublevados para acabarles sus recursos, y deseoso de reducirlos hasta sus últimas guaridas, hizo avanzar todavía más algunos cantones. Suprimió las divisiones creadas por su antecesor, y con el objeto de que hubiese mayor unidad en las operaciones de la guerra, dividió nuestras fuerzas en dos grandes fracciones. Confió el mando de la primera al coronel D. José Eulogio Rosado, quien desde entonces comenzó á llamarse comandante primero en jefe del cuerpo de ejército restaurador al este y sur del Estado. El general Cadenas, á quien fué confiado el mando de la otra fracción, tomó el título de comandante segundo en jefe del cuerpo de ejército restaurador al noroeste del Estado.

Otra de las medidas que adoptó el general Micheltoarena, luego que volvió de su visita, fué la de relevar á la guarnición de Bacalar, que hacía un año venía luchando con la miseria, con el hambre, con la insalubridad del clima y con la tenacidad de los indios, que aun no desamparaban el sitio. El teniente coronel D. Isidro González se presentó repentinamente en Mérida, y en nombre del coronel Cetina, que le enviaba, manifestó que ya no quedaban en aquella villa mas que los miserables restos de la brillante columna que la había ocupado en mayo de 1849, y que si no eran relevados prontamente, Bacalar corría peligro de caer otra vez en poder de los sublevados. El gobernador Barbachano y el general Micheltoarena reunieron entonces, en el breve espacio de dieciocho días, quinientos hombres de

Mérida y Campeche, y puestos bajo las órdenes del mismo teniente coronel González, se embarcaron en Sisal en los últimos días de marzo ó á principios de abril.

Grande fué la alegría de la mísera guarnición de Bacalar cuando vió presentarse á los soldados que iban á relevarla. Pero el coronel Cetina, que durante un año apenas había podido explorar los alrededores más inmediatos de la villa, no quiso desprenderse de allí sin practicar una expedición á las márgenes de Río Hondo, con el principal objeto de dar un golpe al comercio de efectos de guerra que seguían haciendo los ingleses con los sublevados. Con este objeto organizó una columna de 400 hombres, compuesta en su mayor parte de la fuerza que acababa de llegar, y que embarcada bajo las órdenes del teniente coronel D. Diego Ongay, se dirigió á un punto denominado los Cerros, donde los indios intentaron oponerse á su tránsito, hostilizándola desde las alturas. El enemigo fué fácilmente derrotado, y la flotilla de Ongay siguió navegando con dirección á Cacao, lugar situado en el lado mexicano, y en donde los ingleses tenían un establecimiento de comercio para vender pólvora á los sublevados. Desgraciadamente, había llegado hasta allí el rumor de la acción de los Cerros, y cuando nuestras fuerzas se presentaron, solamente encontraron en el lado inglés un hacinamiento de efectos, entre los cuales se veía un gran número de cuñetes de pólvora. Los comerciantes habían huído, dejando solamente un negro al cuidado de las mercancías, y el jefe de nuestra fuerza, temiendo errar el segundo golpe que le había prescrito Cetina, siguió de largo para Agua Blanca, punto objetivo de aquella expedición.

Pero tampoco pudo lograrse la nueva sorpresa, porque un magistrado inglés, que viajaba en una lancha empujada por ocho remeros, consiguió burlar la vigilancia de nuestra flotilla y tomarle la delantera durante la noche, en una de las sinuosidades del río, para dar aviso á sus compa-

triotas del riesgo que corrían. Por esta razón, cuando nuestras fuerzas llegaron á Agua Blanca, encontraron ya á los indios preparados para defender aquel punto, que tenía para ellos una grande importancia, puesto que allí conducían la inmensa cantidad de maderas que cortaban en las cercanías, para cambiarlas á los ingleses por pertrechos de guerra. No pudieron, sin embargo, defenderse, y Agua Blanca cayó en poder de nuestras fuerzas, juntamente con algunos negros esclavos y un abundante acopio de maderas preciosas. Dos horas después se presentó en aquel lugar un inglés, á quien daban el nombre de *forman*, y quien, habiendo solicitado una entrevista del jefe de la expedición, que ya lo era el primer ayudante D. P. Celestino Brito, le ofreció ocho mil pesos por la madera que había caído en su poder, y que se estaba preparando á quemar. Brito se negó á aceptar la oferta, á pesar de que le fué repetida en un almuerzo á que le invitó el *forman*, y dos días después regresaba á Bacalar, llevando las pruebas más evidentes del escandaloso comercio que los habitantes de Belice seguían haciendo con los sublevados (3).

Cetina intentó también dar un golpe á los ingleses que hacían el comercio en la bahía de la Ascensión; pero no pudo realizarlo, porque sólo contaba para esto con la fuerza enferma y desmoralizada que regresaba á Mérida.

Consideramos ya al lector tan hastiado de leer batallas y encuentros, como á nosotros de referirlos. Vamos, pues, á procurar abarcar en este capítulo toda la campaña de 1850, haciendo mención solamente de aquellas operaciones militares que hubiesen tenido una influencia notable en el éxito de nuestras armas.

La guerra seguía en toda la frontera con un ardor incan-

(3) Puede verse sobre esta expedición un informe que el mismo Sr. Brito, hoy general, rindió en época posterior al gobierno de Campeche, y que el señor BAQUEIRO inserta literalmente en su *Ensayo*.

sable. El hambre devoraba á nuestros soldados en los cantones, y se hacía necesario recorrer incesantemente el campo enemigo para buscar maíz, y hasta para arrancar las mazorcas que aun no habían sazonado bien en las sementeras. Pero como éstas se habían agotado bien pronto en los bosques inmediatos á los cuarteles, porque los mismos indios habían descuidado mucho la agricultura desde el momento en que los blancos comenzaron á perseguirlos en sus más secretas guaridas, nuestras expediciones tenían necesidad de remontarse cada día más y más, con el fin de alcanzar el objeto principal de sus afanes. Los indios, que también empezaban á morir de hambre en el desierto, dejaban algunas veces que sus familias fuesen recogidas, y muchos de ellos se habrían presentado, indudablemente, á no haber tomado varias medidas los capitancillos para impedir que lo hicieran. Pero en ciertas ocasiones se batían con desesperación, acaso con la secreta esperanza de morir en la contienda, y otras veces, en fin, impulsados por el mismo móvil del hambre, caían súbitamente sobre nuestras poblaciones indefensas, y aun sobre algunos cantones, con el objeto de asesinar á sus habitantes y de robar cuanto podían llevarse.

En el Oriente, después de la expedición de Cruzchén, de que hablamos en el capítulo anterior, los coroneles Molas y Peniche Gutiérrez se dirigieron al rancho Sibichén, de donde habían partido los indios que atacaron á Espita. Encontraron alguna resistencia en su tránsito; pero se apoderaron fácilmente del rancho y recogieron en su expedición ciento cuarenta y cuatro personas que vivían en los bosques.

Por la misma época, el teniente coronel Ontiveros hizo una entrada al campo enemigo, con el objeto de sorprender al capitancillo Raimundo Chi en su guarida. No logró su objeto; pero causó varias pérdidas á los sublevados en los encuentros que tuvo con ellos.

Los indios, en cambio, atacaron el pueblo de Tixcacalcupul el mismo día en que creyeron que debía pasar por allí el general Micheltorena, con dirección á Tihosuco. También intentaron poco tiempo después sorprender á Cenotillo; pero en ambas poblaciones los vecinos se unieron á la guarnición y rechazaron enérgicamente á los agresores.

En el mes de abril el teniente coronel Ontiveros, asociado al capitán D. Felipe Navarrete, hizo una nueva entrada al campo enemigo, con el principal objeto de sorprender á Crescencio Poot en su cuartel de Nohcacab. Esta expedición estuvo á punto de fracasar por completo, porque por descuido, ignorancia ó malicia del práctico, repentinamente se encontró en una llanura dominada por varias alturas, desde las cuales y desde el bosque inmediato rompieron simultáneamente sus fuegos los sublevados. Trábose entonces un combate encarnizado, en que nuestros soldados llegaron á confundirse con los de Poot, porque hubo un momento en que éstos descendieron de las alturas para pelear al arma blanca. Pero Ontiveros y Navarrete no se desconcertaron y acabaron por triunfar de los indios, quienes huyeron dejando en el campo diez cadáveres y algunas provisiones de guerra (4).

En el mes de julio, los capitanes D. Pedro Acereto, don F. Navarrete y D. Nazario Palma hicieron una brillante correría sobre las guaridas de los sublevados, penetrando en Cruzchén y otros puntos de importancia. Entre varios objetos quitados en esta jornada al enemigo, merecen una mención especial varias alhajas de santos, encontradas en una cueva, y que sin duda estaban destinadas á marchar á Belice para ser cambiadas por pertrechos de guerra.

Siguieron á estas excursiones, entre otras muchas, las que practicaron el coronel Molas y el teniente coronel Ruz en los últimos meses del año; pero en cuyos porme-

(4) Boletín oficial, número 220.

nores no nos permiten entrar los límites que nos hemos impuesto. Por esta misma época los indios atacaron sucesivamente los pueblos de Kaua y Chichimilá, aunque sin éxito alguno, porque en ambos fueron rechazados con energía (5).

Fueron todavía de mayor importancia las operaciones que se practicaron en el Sur. El mismo teniente coronel Ruz, de quien acabamos de hablar, recorrió en el mes de marzo más de treinta ranchos que servían de guarida á los bárbaros de aquella comarca, y en los cuales encontró varias provisiones de boca y de guerra, mulas, caballos y varios utensilios. Recogió además unas trescientas personas, entre las cuales se hallaban una hija de Venancio Pec y un joven llamado Victorín, hijo de un caudillo del mismo nombre que murió en uno de los encuentros (6).

En el mes siguiente, el capitán D. Andrés Demetrio Maldonado recorrió también un gran número de guaridas, y después de haber arrollado á los bárbaros cuantas veces intentaron oponerse á su marcha, regresó al campamento de Kampocolché, que acababa de ser establecido con unas noventa personas recogidas en el bosque y varios objetos que se quitaron al enemigo. Esta expedición tuvo lugar en los primeros días de abril, y antes de que se terminase el mes practicó otra, que obtuvo un resultado igualmente satisfactorio (7).

También en el mes de abril tuvo lugar la importantísima expedición que sirvió de excusa á José María Barrera para no acudir á la reunión de Kampocolché, de que hablamos en el capítulo anterior. Salió de Sabán el 22, á las órdenes del coronel D. Casiano Rivascacho, y después de haber derrotado á los bárbaros que encontró en su tránsito, se apoderó, sin mucho esfuerzo, de Santa Rosa, rancho

(5) *El Fénix*, números 125, 144 y 151.

(6) *Boletín oficial*, número 154.

(7) El mismo *Boletín*, números 222 y 232.

en que no había puesto el pie ningún blanco desde la época en que estalló la guerra social. Los bárbaros habían concentrado allí y en los puntos inmediatos un gran número de familias, muchas de las cuales cayeron en poder de la fuerza expedicionaria, lo mismo que varios objetos que sería inútil enumerar. También se hicieron al enemigo cerca de ochenta muertos, y como Rivascacho no tuvo un solo herido en su fuerza, ha sido acusado de haber traspasado los límites de la humanidad en sus operaciones (8).

El capitán Maldonado, que era uno de los perseguidores más infatigables del enemigo, recibió del coronel Rosado la orden de ponerse al frente de una nueva expedición el mismo día en que dió por concluidas las negociaciones con el cabecilla Barrera. Maldonado salió de Sabán con 270 hombres, y en el corto espacio de cinco días recorrió un gran número de guaridas y recogió 217 personas de las que vagaban por los bosques. Hizo, además, al enemigo 72 muertos y 21 prisioneros; les quitó un buen número de objetos de guerra, y se apoderó, en fin, de varias mulas, caballos y víveres (9).

Pero la expedición más notable, sin duda, de la época á que nos venimos refiriendo, fué la que practicó el teniente coronel D. Patricio O'Horán al través del desierto que separa á Tihosuco de Bacalar, con la intención de escarmentar á los indios que aun cercaban aquella villa. «Si alguna vez—decía D. Justo Sierra en su periódico—hemos recordado con viveza la atrevida expedición del capitán Dávila, aquel valiente compañero del conquistador Montejo, de quien se separó en Chichén para.... dirigirse á las orillas del lago de *Bakhalal*, ha sido hoy que acabamos de ver realizada una empresa casi semejante, por un puñado

(8) *Boletín* citado, número 242.—BAQUEIRO, *Ensayo histórico*, tomo II, capítulo V.

(9) *El Fénix*, número 115.